

fracturas. Frente a ellas, un acercamiento social muestra que en toda evolución hay siempre elementos de continuidad que permiten que un grupo se reconozca a sí mismo. En cada período conviven elementos antiguos y nuevos que impiden que la identidad se diluya. Dicho de otro modo, «la existencia histórica tiene siempre dos vertientes: identidad y cambio» (287).

El autor ultima su excelente obra afirmando que «la historia social es un presupuesto necesario para una teología bíblica, al igual que la filología es indispensable para la comprensión de los textos. Los textos no pueden entenderse cabalmente a nivel teológico si no se conoce su entorno social o más exactamente el mundo social de quienes los producen y reciben como primer elemento» (288).

La obra de Rainer Kessler combina la claridad en la exposición con la novedad en las argumentaciones y acercamientos a los hechos. Tiene como valor el ser capaz de articular la clásica historia por épocas con una historia de las instituciones. Al resituar adecuadamente el pluralismo étnico y religioso de Israel permite visibilizar que su historia, como cualquier otra, es una construcción encaminada a crear y proteger la identidad y la memoria. Se echa de menos, sin embargo una reflexión más profunda sobre las causas que condicionan la presentación cronológica y lineal de la historia sagrada y el peso que el elemento religioso, junto con los factores sociales, económicos y políticos tiene en la evolución social.

Carmen Yebra Rovira



Santiago Guijarro, *La primera evangelización*, Salamanca: Sígueme 2013, 237 pp.

A una Iglesia que se plantea “una nueva evangelización” le hace falta conocer como fue la primera y a ello quiere contribuir la obra que presentamos, tal como se percibe en su orientación, en la forma de desarrollar los temas, en sugerencias que deja caer y hasta en el lenguaje que usa. Pero me apresuro a aclarar que esto no resta un ápice a la solidez de su base bíblica ni al tratamiento crítico de los textos. El prólogo tiene singular importancia. Existe un relato normativo de la misión de la Iglesia, que adquiere su forma clásica en Eusebio de Cesaréa, según este relato, Jesús envió a los apóstoles, que fueron los agentes de la misión, que tenía como elemento principal la predicación del mensaje y como finalidad la constitución de

comunidades cristianas. Sin embargo el estudio histórico muestra que el proceso fue más complejo. Afirma el autor que “la reconstrucción histórica de los acontecimientos originarios puede prestar un servicio inestimable” (20). El estudio se circunscribe a la primera generación, que comienza después de la muerte de Jesús y concluye con la desaparición de los que habían sido sus discípulos, en torno al año 70.

El primer capítulo presenta la historia de Aquila y Priscila, que colaboraron con Pablo en la misión evangelizadora. Es decir, empieza hablando de la primera evangelización a partir de una historia concreta. Es un buen recurso para ganar la atención del lector, a la vez que se apoya en suelo firme por los datos que proporcionan Hechos y las Cartas de Pablo. Este matrimonio tuvo que salir de Roma cuando el edicto de Claudio (año 49) y se estableció en Corinto, donde probablemente fueron los primeros misioneros; en esta ciudad Pablo se relaciona con ellos (Hch 18,3; 1Cor 16,19) y le acompañaron a Efeso, donde se quedaron (Hch 18,19); posteriormente regresaron a Roma (Rom 16, 3-5). En la segunda parte del capítulo se extraen, a partir de los datos presentados, algunas características de la primera evangelización: se ve que la misión había comenzado muy pronto y en lugares diferentes (estos textos nos hablan de Pablo que viene de Siria, Aquila y Priscila de Roma, Apolo de Alejandría); la pluralidad de misiones va a ser una constante; se percibe la existencia de una importante movilidad social; la casa era utilizado con base de la misión (“salud a Aquila y Priscila... también a la iglesia que se reúne en su casa”: Rom 16,3-5); las menciones al contenido doctrinal son muy escasas. En el capítulo segundo presenta y valora las fuentes, tanto cristianas como no cristianas, que proporcionan información sobre la primera generación. Para dar facilidades al lector ofrece la versión castellana de los autores no cristianos (Flavio Josefo, Suetonio, Tácito, correspondencia entre Plinio y Trajano).

En el capítulo tercero aborda el tema clave de “el impulso del primer anuncio”. El ya citado relato normativo, que se configuró en los primeros siglos y pervive hasta nuestros días subraya la continuidad entre la actuación de Jesús, el envío prepascual y el envío pospascual. Pero el examen crítico revela que hubo una notable discontinuidad: en los destinatarios (para Jesús el pueblo de Israel; en la misión pospascual los paganos), en el mensaje (el Reino de Dios para Jesús; la resurrección del Señor para sus discípulos), en la finalidad (reconstrucción de Israel para Jesús; la formación de comunidades para sus discípulos). Los evangelios remontan la misión al envío pospascual de Jesús y lo vinculan, de formas diversas, con su ministerio

terrestre. Guijarro subraya, con mucha razón, el nexo entre experiencia pascual y misión. La misión constituyó algo nuevo en el mundo antiguo, pues no se encuentra ni en el judaísmo, ni en las religiones orientales, ni en los grupos filosóficos. Hay factores que podrían favorecer la misión: la facilidad de movimientos en el imperio romano, la difusión del griego como lengua franca, la red de sinagogas judías de la diáspora. Otros han pensado en fenómenos propios del cristianismo como la creencia en el próximo fin del mundo o el desencanto por el no cumplimiento de las promesas de Dios. En Pablo es claro que su experiencia de Cristo le hace consciente de que el tiempo escatológico ha llegado y que los gentiles pueden participar en la salvación sin necesidad de hacerse judíos. La experiencia religiosa profunda tiene capacidad de innovación histórica (afirma Guijarro siguiendo a un autor a quien estima y cita con frecuencia, L. W. Hurtado) y el envío misionero está vinculado a la capacidad revelatoria de las experiencias pascales. Ahora bien, la memoria de Jesús y el envío de sus discípulos durante su ministerio terrestre fueron una referencia para la misión evangelizadora primera después de Pascua. Se dio “una recuperación creativa de la misión prepascual dentro del horizonte abierto por el envío pospascual” (85). Es un capítulo clave y convincente de carácter sintético por la misma naturaleza del libro. Hay algún fleco discutible, por ejemplo cuando supone que para el evangelista Mateo la apertura universal 28,16-20 (¿o solo a “los paganos”, según Guijarro?) supone “el rechazo de Israel”. Otra sugerencia: en el caso de Pablo menciona la convicción de que la conversión de los paganos aceleraría la salvación de todo Israel (Rom 11,25-27). Pienso que este factor se combinaba con el retraso de la parusía inminente y se producía una “disonancia cognitiva” que, para superarla, aumentó el celo evangelizador durante la primera generación.

Los grupos de seguidores de Jesús adoptaron actitudes diferentes en la tierra de Israel y en la diáspora. En Israel mantuvieron una confrontación intrajudía y eran sociológicamente una *secta* porque reivindicaban ser los depositarios de la verdadera tradición y acentuaban las diferencias con los otros grupos judíos. En cambio, en la diáspora eran lo que técnicamente se denomina un *culto*, un grupo que busca acreditarse en un contexto extraño, minimiza las diferencias y muestra disposición a ciertos sincretismos. En el capítulo cuarto estudia la misión en la tierra de Israel (que incluye las regiones limítrofes de Tiro, Fenicia y Decápolis). Explica el papel descollante de Jerusalén, la evolución de la comunidad cristiana de esta ciudad y los diversos grupos de seguidores de Jesús: el que tenía a su cabeza a Pedro, el de los helenistas, el de Santiago “el hermano del Señor”; un cuarto grupo puede percibirse en la “Fuente de los signos”, utili-

zada por Juan. Muchos judíos peregrinaban a Jerusalén y entraban en contacto con alguno de estos grupos y se llevaban su influencia a sus países de origen. Desde Jerusalén se difundió una pluralidad de misiones. También Galilea fue un foco misionero. La región tenía fluidas relaciones con Fenicia y la Decápolis. Con toda probabilidad también esta irradiación misionera fue muy plural, característica que Guijarro subraya señalando que “es un aspecto que puede contribuir a renovar la memoria de la primera evangelización” (113). El capítulo quinto aborda la misión en la diáspora y el autor realiza una síntesis magnífica de un material muy complejo. La comunidad de Antioquía jugó un papel clave. Es posible que el cristianismo llegase a esta ciudad de diversas formas y que hubiese grupos cristianos de fisionomía plural. La gran novedad fue la aceptación de paganos sin someterles a la circuncisión ni a las normas judías. Esto dio pie a la “Asamblea de Jerusalén”, que resuelve que “nosotros (Bernabé y Pablo) fuéramos a los gentiles y ellos a los circuncisos” (Gal 1,9). El decreto de Hch 15, 23-29 responde al conflicto que se planteó inmediatamente de convivencia entre paganocristianos y judeocristianos. Pero “Pablo se negó a aceptar una comunión de mesa que obligase a los paganos a adoptar el modo de vida judío” (126). A partir de este momento, Pablo evangeliza como misionero independiente. Esta misión se describe con cierto detalle haciendo ver tanto sus desplazamientos geográficos como el plan teológico que va elaborando. Pero Guijarro muestra también algunas características prácticas de su tarea evangelizadora: la tupida red social que va creando en su entorno, la relación entre las comunidades, el apoyo mutuo, la fe compartida. Ciertamente la misión paulina es la que mejor conocemos porque poseemos las cartas del apóstol y los datos de Hch, pero no fue la única. En las fuentes literarias citadas vemos la misión de Apolo y la de los adversarios de Pablo en 2Corintios. A continuación se estudia la misión cristiana dirigida a los judíos de la diáspora. Guijarro piensa que en esta tarea destaca Pedro, cuyo ministerio itinerante es incuestionable (estancias en Antioquía, Corinto, Roma). Afirma el autor que la 1Pd implica que un grupo vinculado a Pedro evangelizó, al modo de éste, las regiones rurales de Asia Menor. Mi objeción en este punto es que esta carta tiene unos destinatarios mixtos, pero mayoritariamente paganos y no judíos (pero esta es una cuestión muy abierta). Es probable que “los hermanos del Señor” misionaran entre los judíos de la diáspora (1Cor 9,5; 15,7). En Gal y Fil se ve con claridad la existencia de misiones judeocristianas radicales, que no aceptaban la misión a los gentiles sin someterles a la circuncisión.

El sexto capítulo versa sobre “el proceso de conversión”. Comienza afirmando que la conversión es un fenómeno novedoso, por-

que lo que encontramos en el mundo greco-romano es la *adhesión* a un culto, pero sin que esta exija la renuncia a otro. En cambio, el judaísmo implicaba exclusividad y la conversión como ruptura con otras adhesiones religiosas. En el cristianismo encontramos algo similar, pero con la vinculación a una nueva comunidad en la que no había barreras étnicas. En Hch la conversión consiste en aceptar el mensaje que se proclama públicamente. Pero en Pablo, que escribe mucho antes, se ve que la conversión es un proceso mucho más complejo. En este punto Guijarro se sirve de estudios psicológicos y sociológicos sobre la conversión (sobre todo de R. Stark). El elemento clave reside en las vinculaciones personales y en las redes sociales que llegan a ser para el nuevo adepto más fuertes que las que poseía anteriormente. La aceptación del mensaje viene en un segundo momento, aunque luego, cuando el proceso ha concluido, se le atribuya una gran importancia. Explica como se produjo este proceso en la primera evangelización. En un mundo con grandes necesidades y con muchos grupos marginados, las comunidades cristianas ofrecían ayuda y acogida. En Hch y en las cartas paulinas vemos la creación y desarrollo de una red social y podemos pensar que otras iniciativas misioneras actuarían de forma semejante. Se formaban pequeñas comunidades, en las que se cultivaban las relaciones personales y que tenían analogías diversas (iglesias domésticas, asociaciones voluntarias, sinagogas, escuelas filosóficas). Una importancia especial tuvo la *casa*, que se convirtió en núcleo de la comunidad, en lugar de reunión y plataforma misionera. La casa facilitaba el encuentro personal y el establecimiento de nuevas relaciones sociales. Al final del capítulo, el autor destaca dos rasgos propios de los primeros cristianos: formar comunidades vivas con capacidad de relaciones personales y ayuda mutua; no se encerraban como enclaves aislados, sino se insertaban en el mundo y tendían puentes con los de afuera.

La orientación del capítulo es muy acertada e instructiva, pero señalo algunas cuestiones críticas. ¿La aceptación de algunas escuelas filosóficas neoplatónicas no suponían una verdadera conversión, más que una simple adhesión? Por otra parte, ¿se puede denominar conversión la aceptación del cristianismo por un judío de la primera generación, que no piensa estar abandonando el judaísmo? Muchos estudiosos hoy consideran impropio hablar de la “conversión” de Pablo. Según el autor, un elemento clave en la primera evangelización fue la constitución de comunidades cálidas interiormente (se daban relaciones personales, acogida, ayuda), pero, a la vez, abiertas a su sociedad. Pienso que esto se puede decir de las comunidades paulinas, pero no creo que se puede generalizar a las diversas tendencias misioneras, que como se dice continuamente, eran muchas y plurales.

El capítulo séptimo se titula “el primer anuncio”. No se trata tanto del contenido, cuanto del cómo se realizó, en que circunstancias, quienes fueron sus agentes y destinatarios. Empieza presentando tres versiones del primer anuncio, que se pueden descubrir a partir de los textos con cierto margen de hipótesis: a) el anuncio del Resucitado que se hicieron unos a otros los primeros seguidores de Jesús. La característica de este anuncio es que no iba dirigida hacia fuera, sino a quienes ya pertenecían al grupo de Jesús. No era aún, propiamente hablando, un anuncio misionero, pero sin él la misión no hubiese sido posible; b) el anuncio que realizan en Antioquía los helenistas venidos de Jerusalén dirigido a judíos y a paganos cercanos a la sinagoga; c) el anuncio de Pablo a gentiles que no tenían ninguna relación previa con el judaísmo. No hay que pensar en predicaciones públicas masivas. En esta primera evangelización fueron fundamentales los vínculos sociales, pensemos en las sinagogas, las casas, los gremios, el lugar de trabajo (muy importante en el caso de Pablo). Así se establecían relaciones personales. Las formulaciones doctrinales que encontramos en el NT son relativamente tardías. A Guijarro le interesa más –y lo considera especialmente instructivo para la Iglesia de nuestros días– descubrir como se dio la primera evangelización. Los agentes no eran simplemente los apóstoles. Hubo judíos anónimos que conocieron la fe en Jesús en alguna peregrinación a Jerusalén y la llevaron a sus lugares de origen. Pablo misionó en equipo y es pensable que otros misioneros hicieran lo mismo. Hubo quienes entraron en contacto por primera vez asistiendo a celebraciones comunitarias (1Cor 14,16. 23-25). Los destinatarios fueron los seguidores de Jesús, los judíos, los paganos en la misión paulina. Insiste, sobretodo, en que el primer procedimiento no fue la predicación pública masiva, sino la penetración tejiendo relaciones personales y sociales. El capítulo es muy sugerente y me parece muy acertado no situar la clave de la primera evangelización en la búsqueda de los contenidos doctrinales.

La reconstrucción que se ofrece es deudora de las cartas paulinas y de los Hch. Por eso cabe preguntarse hasta que punto esto es generalizable para la diversidad de iniciativas misioneras de la primera generación. La primera versión del primer anuncio que Guijarro propone, la comunicación entre los seguidores de Jesús en Jerusalén de la Resurrección del Señor, es ante todo la participación de una experiencia. En la primera evangelización el elemento clave, del que dependen los demás, es la comunicación de la experiencia del encuentro con el Señor. Por eso la categoría de “testimonio” es básico en la primera evangelización. Guijarro afirma que esta experiencia es el impulso de la misión en el capítulo tercero, pero quizá

no subraya suficientemente su importancia cuando va explicando el desarrollo de la primera evangelización.

La obra termina con un epílogo que sintetiza sus resultados. El relato normativo sobre la misión resulta enriquecido por la investigación histórica. 1) Jesús envió a los discípulos. La misión tiene su origen en la experiencia pascual, pero el envío de los discípulos por el Jesús terreno se convirtió, tras la Pascua, en punto de referencia de los misioneros cristianos. 2) Según el relato normativo, los apóstoles son los protagonistas de la misión. Esto requiere mayores matizaciones. La existencia de diversos misioneros constituye uno de los rasgos de la primera evangelización. 3) Según el relato normativo la predicación fue el principal instrumento de la evangelización. En realidad hay otros factores decisivos previos: las relaciones personales y las comunidades con capacidad de acogida e integración. El factor doctrinal viene en un segundo momento, pero su importancia se sobrevalora una vez que el proceso de conversión ha concluido. 4) El relato normativo insiste en que la finalidad de la predicación es la formación de comunidades cristianas. Este es un elemento peculiar del cristianismo, pero que viene a ser el último paso de un proceso que buscaba producir en la persona un cambio importante y que requería tiempo.

Se afirma continuamente el pluralismo de la primera evangelización, pero la descripción que de ella se hace responde esencialmente a la paulina, lo que se explica por la situación de las fuentes y por la influencia posterior de esta tradición. Hubiese habido que atender a lo que dice Hch 19,9-10 de que Pablo durante su estancia en Éfeso discutía diariamente en la escuela de Tirano. De las mismas cartas de Pablo se desprenden más datos sobre las misiones de los rivales de Pablo. Guijarro realiza una síntesis personal clara y bien fundada de un tema muy complejo sin pretender abarcar todos sus aspectos. La obra, muy bien estructurada y escrita, tiene muchos méritos: mostrar la pluralidad de la primera evangelización, fijarse en los elementos contextuales que la facilitaban, explicar sociológicamente el proceso atendiendo a las redes de vinculación personal, subrayar el impulso inicial de la experiencia pascual, que hace que la evangelización primera sea, ante todo, la comunicación de una experiencia y que, por eso, supone un proceso de conversión personal. Este libro es una magnífica demostración de que la exégesis crítica puede abrir perspectivas muy positivas para la teología y la pastoral.

Rafael Aguirre Monasterio